

REVISTA MODERNA

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO III = BOGOTÁ, ENERO DE 1916 = N.º 13

Sociología

EL PORVENIR DE AMERICA

SI un hombre estudioso y observador alcanzara en plena actividad mental edad avanzada, habiendo sido ejemplo de ciencia universal y habiendo consagrado años seguidos de su existencia ilustre a la adquisición teórica de las verdades científicas y a la observación de sus múltiples aplicaciones a la vida; si hubiese enriquecido su cerebro con incansable y perseverante celo, y conseguido por favor singular del destino, en el momento supremo de cesar en su labor para entregarse al reposo definitivo, el recomenzar su vida de estudio sin que el caudal acumulado de sus conocimientos perdiera en nitidez e intensidad; tal hombre, en quien se aunarían la ciencia y el juvenil vigor, sería dominador indiscutible e indiscutido y nadie podría alzarse contra su soberanía.

Algo parecido puede ser la situación de América con relación a los países del Viejo Mundo si sus pensadores alcanzan el vuelo de su inteligencia a la región serena de las eternas claridades.

Hay en la vida de América algo de la existencia de aquel héroe inmortal del gran poeta y filósofo de Weimar, cuya profunda y eterna verdad sólo se concibe y comprende en toda su amplitud y claridad cuando hemos traspuesto las fronteras de la juventud.

Fausto, poseedor de la ciencia universal, pero oprimido por la senectud, halla en el filtro de Mefistófeles el

secreto de la inmortalidad, que le devuelve la virilidad en su acción y en sus energías de resistencia; pero esa vida nueva que se le ofrece, sólo devuelve a Fausto el vigor físico, la resistencia del músculo, no el alma creadora y entusiasta de la juventud que lleva en sí el tesoro fecundo de las supremas abnegaciones, el amor profundo y desinteresado de los más grandes ideales.

Después de la transformación, Fausto sigue siendo bajo sus apariencias juveniles el viejo sabio, egoísta y escéptico de corazón marchito, en cuya alma ha muerto ya definitivamente la fuente sagrada del amor y de la vida, de los entusiasmos y de la virtud.

América, como Fausto, posee todo un caudal de ciencia fecunda; tiene, como él, vigor; pero tiene lo que aquél no posee: el entusiasmo ardoroso, la fe sagrada de su juventud!

América se halla en el período de la adolescencia sana y exuberante en que el cerebro y el corazón, servidos por músculos vigorosos y resistentes, tienen la plasticidad necesaria para que se modelen en ellos las ideas grandes y los sentimientos generosos.

Tiene por sede propia un territorio casi virgen que ofrecer a la labor de los que llegan en demanda de paz y de una compensación remuneradora que en otras partes les falta; tiene un cielo luminoso y puro que abre a los espíritus agobiados por el infortunio los horizontes de la esperanza; tiene instituciones libres, que dejan a cada cual el cuidado de ese tesoro íntimo de sus pensamientos y de sus creencias; tiene la fe, el vigor y los entusiasmos de su edad.

Su espíritu juvenil, influido por el ambiente, está libre de supersticiones propias o heredadas; las mismas tradiciones del hogar de origen que pudieron gravitar sobre su sér arrastrándolo a la prosecución de viejas luchas, se han esfumado en el tiempo sin dejar en su alma más

sedimento que una herencia de altivez viril y batalladora, acaso un poco tumultuosa, pero fuente futura de energías saludables y creadoras.

Su mente vigorosa ha sido cultivada con esmero, asimilándose los principios generales de la ciencia universal, y su criterio, libre de preocupaciones, ha dado en el comentario o la interpretación de esa misma ciencia la nota de indiscutible originalidad.

Nada lo detiene en su marcha; ninguna nube obscurece su horizonte libre; nada se interpone entre su rayo visual y la meta que persigue; ningún lazo paraliza sus movimientos; es libre, como el cóndor que cruza la extensión callada, como el viento que circula en la pampa infinita.

Al frente tiene un tesoro cuyos caudales se le brindan generosamente: la Europa de los combates cruentos, de los esfuerzos inauditos, la fragua en que se han forjado las armas de tantas luchas estruendosas, donde se ha fundido el bronce de tantos monumentos inmortales, donde ha arraigado el laurel y la palma de la gloria, y donde el árbol de la ciencia ha crecido incontrastable, cultivado por cien generaciones de sabios y ha cubierto con la sombra de su ramaje secular el desarrollo de un culto santo, representado por esa misma ciencia que simboliza. Ese mundo privilegiado donde no hay un grano de polvo que no guarde una memoria del pasado; donde se han congregado las tradiciones de la Roma guerrera y de la Roma jurídica; que ha heredado las leyendas artísticas de la Grecia armoniosa como una estrofa de Píndaro o un mármol de Fidias; que ha recogido los secretos de la vieja ciencia y de los milenarios cultos del oriente para interpretarlos, comentarlos y traducirlos; todo un infinito de ciencia, de arte, de investigación y de estudio; todo está allí, a su frente, ofreciéndole la visión panorámica de múltiples y misteriosos aspectos.

Puede elegir libremente.

Allí está el cuadro de los conocimientos humanos, no aquel que resulta del libro, sino el conocimiento experimentado, el hecho producido, la esencia misma de la vida no teórica, vivida.

Ese cuadro ofrece a su observación la doctrina científica, y al lado la experimentación de esa doctrina; allí está la idea vencedora, triunfante, y la idea vencida; allí está el fracaso visible y el éxito feliz y consagrado.

Pero hay más aún: está la historia minuciosa y fidedigna de los fracasos y de los triunfos, las causas individuales de los primeros, sus orígenes y su desarrollo, y la marcha angustiosa o fácil de los segundos; todo está allí, el principio, el medio y el fin de esos ensayos.

¡La obra de los otros, de muchos otros, para servir generosamente a una región mimada de la tierra!

Es un estudio, un aprendizaje, un ensayo feliz o desgraciado, sintetizado para ofrecerlo a un adolescente que empieza a vivir, y al cual se dan como elementos de ejemplo y de estudio los anales del género humano para que elija, para que busque lo adaptable a su vida excepcional, para que rodee o evite los escollos, para que prepare la senda del triunfo, aprovechando los dolores que otros sufrieron y utilizando los triunfos que otros conquistaron.

¿Qué se necesita para ello?

Profundizar con ánimo sereno los archivos del genio humano; encerrarnos dentro de nosotros mismos para apreciar las responsabilidades que envuelve la acción de los hombres de Estado, para sólo inclinarnos ante lo consagrado y aceptar lo útil, lo adaptable a las costumbres y a los ideales de cada pueblo.

Pero es necesario algo más: levantar la mente sobre los hombres y las pasiones, no para suprimirlos, sino para encaminarlos y dirigirlos; y al obrar así prescindir

de todo egoísmo para orientar y encauzar la actividad que gobierna y dirige en pro del bienestar general, sin que jamás turben ese propósito ni intereses ni atracciones bajamente personales.

En la infancia de las naciones de América, cuando la idea de independencia era acaso tímida aspiración, y los conatos para consagrarla debían vencer el temor de los unos, la timidez de los otros y explicar y hacer populares los propósitos emancipadores, todas esas tentativas y propósitos se concretaron en una bandera, símbolo tangible de sus aspiraciones.

Tales enseñanzas de redención tenían un símbolo característico; ya era el sol derramando sus gloriosas claridades, ya un grupo de estrellas simbolizando las solidaridades estelares, ya la estrella solitaria, como emblema altivo de su poder futuro fundado en su sola grandeza, ya eran constelaciones completas que se invocaban como tutelares de las nuevas naciones que surgían a la vida de la libertad.

¿De dónde emanaba esta tendencia?

¿Era el antiguo culto de los incas que influía al través del tiempo y de la distancia y atraía los ojos de los nuevos pueblos hacia el dios de sus mayores en la posesión de la tierra americana?

¿Era el indefinible acatamiento hacia los astros soberanos que lucen en el soberbio cielo de América como faros eternos que guían su destino por las sendas de la historia?

¿Sería quizá el símbolo de su futuro, adivinado acaso por los precursores de la emancipación americana?

Difícil contestar a tales preguntas y resolver el problema que ellas implican; pero quizás en la ingenuidad de los primeros movimientos emancipadores, esa tendencia armónica de las diversas naciones que se formaban traducía inconscientemente el temor de soluciones futuras,

ante las cuales los Conductores buscaban en lo alto la guía de sus pasos: los astros de eterna luz que debieran guiarlos por las rutas oscuras de la emancipación.

Aceptemos el símbolo, que tiene la consagración del esfuerzo, del sufrimiento y de la victoria; y al adoptarlo como emblema tutelar de las naciones americanas, coloquémoslo en la cumbre y que él sea eterno faro que guíe a las humanidades nuevas por las rutas del porvenir.

A. J. PÉREZ.
(Uruguayo).

LA REINA DEL ADRIÁTICO

CUANDO el Veronés pintó el *Triunfo de Venecia*, simbolizó la prestigiosa ciudad en una mujer deslumbradora de belleza, sonrosada y fresca cual conviene a las hijas de los climas húmedos. Vese a su alrededor un círculo de mujeres jóvenes y hermosas que se inclinan con sonrisa altiva y voluptuosa. Venecia aparece como reina radiante de felicidad y que desea hacer felices a todos los que la contemplan.

¡Una reina! Hé aquí el nombre adecuado para la ciudad maravillosa, tanto por el esplendor de su fortuna como por los homenajes que ha recibido.

La ciudad del ensueño y del sortilegio fue en su infancia el inverosímil refugio de prófugos enérgicos. El viejo imperio romano se desmoronaba. Ante el avance de los bárbaros fue la derrota universal: viejos, mujeres, niños, huyen en busca de un asilo en donde los Alaricos y los Atilas no puedan exterminarlos, y lo encuentran a la orilla del Adriático en diseminados islotes y en bancos de arena, entre pantanos y canales tortuosos.

Fueron aquellas lagunas magnífica escuela de energía y patriotismo. En los edificios que, según un cronista de la época, semejaban nidos de aves acuáticas, se educa y se desarrolla una raza de ciudadanos audaces, ingeniosos y prácticos. El mar de que son huéspedes los invita a lejanas expediciones y hace de ellos bien pronto aventureros sin rival y dueños del comercio del mundo.

Distinguió a los venecianos la apasionada curiosidad por los países exóticos: Grecia, Trebizonda, Siria, Armenia, Egipto. Se convierten en los árbitros de los príncipes asiáticos. Penetran en China con Marco Polo; con los patricios Nicolás y Antonio Zeno descubren la Islandia y la Groenlandia, y un siglo antes de Cristóbal Colón los bajeles de la República anclaron en las costas del Labrador. La Venecia medioeval acopió todos los conocimientos que fuera posible tener del Universo.

*
* *

Venecia, en verdad, podía en una simbólica fiesta celebrar su enlace, su pacto indisoluble con el mar. Todos los años, en la fiesta de la Ascensión, el Dux se embarcaba en el *Bucentauro*, regia galera que aparecía tapizada de tafetán carmesí. Dos escuderos llevaban en alto la larga cola de su manto, tejido de púrpura y de oro. Obispos, sacerdotes, gentileshombres y damas de la nobleza formaban el cortejo. La góndola dirigía rumbo al Lido. Allí el Dux se desposaba con el mar arrojando su anillo a las olas. Es lo cierto que el mar fue siempre para Venecia el más precioso de sus aliados y el más eficaz artífice de su prosperidad.

La ciudad que así irradiaba sobre el mundo se había dado una constitución terrible. Aristocracia suspicaz y envidiosa, la nobleza veneciana confió el mando supremo al Dux; pero el Dux dependía del Consejo de los Diez. De acuerdo con sentencia del terrible tribunal el Dux po-

día ser condenado sin apelación, ejecutado sin misericordia. Tal fue el caso del infortunado Marino Faliero, de quien poetas y dramaturgos han contado la enigmática aventura.

Es el viernes 17 de abril de 1355. En la Piazzetta de Venecia, ante el viejo palacio ducal, filas de guardas y de ciudadanos armados mantienen en respeto al populacho que se aglomera en torno del misterioso edificio, que avecina o sobre el cual se encaraman la sala del Consejo Mayor, la de los Diez, la de los Tres, los departamentos del Dux, las cámaras de interrogatorio y de tortura, las prisiones superiores y subacuáticas, sótanos y graneros de la justicia señorial, pozos y buhardillas, todo comunicado por escalerillas secretas y angostos pasadizos que convergían a la oscura habitación del verdugo.

Durante dos días y una noche el pueblo ha permanecido en la Piazzetta, los pies clavados en el suelo, el espanto en los corazones y las miradas en el espacio. De pronto el sol de Venecia, en su poniente, baña de escarlata el cielo y las lagunas: el paisaje es de púrpura. Blandiendo una espada que gotea sangre, aparece en el balcón uno de los Tres, el jefe de los Diez. Con voz terrible exclama:

—¡Mirad cómo la República se venga del traidor!

Se abre entonces la puerta del palacio y la turba se precipita, ansiosa de saber sobre qué traidor ha recaído el rayo justiciero. Atraviesa el patio inferior, asciende por la derecha la antigua escalera al descubierto y alcanza el salón del último piso. Allí, en el mismo sitio donde seis meses antes Marino Faliero había jurado la promesa ducal, la muchedumbre atónita lo ve decapitado, a él, quincuagésimoquinto Dux de Venecia, a él, Monseñor, Messer el Dux! El tronco yace medio cubierto por el manto tejido de púrpura y oro.

¿Qué crimen trajo como castigo la sangrienta ejecu-

ción? Se ha repetido que Marino Faliero preparaba un levantamiento del pueblo a fin de modificar la constitución de la República Serenísima. Los eruditos italianos afirman que el Dux pereció víctima de personales venganzas: parece que la maquinación fue urdida por Giovanni Gradonigo, su concurrente en la elección para la dignidad suprema y su inmediato sucesor. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el proceso se perfeccionó con sin igual rapidez. En el mismo día Marino Faliero fue juzgado y condenado, sin habersele oído, a ser ejecutado antes de ponerse el sol.

Queriendo perpetuar la infamia del Dux maldito, el Consejo de los Diez ordenó cubrir con un velo el retrato que aparecía en el Consejo Mayor y poner la siguiente inscripción: «Este es el lugar de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes».

Las ejecuciones sumarias fueron frecuentes en la historia de Venecia. Bastaba una delación para que la justicia, implacable siempre, se pusiese en movimiento; porque en la sombría ciudad imperaba la delación y la mitad de sus habitantes espiaba a la otra mitad. Venecianos de todas las clases sociales se dirigían al caer la noche y embozados en sus mantos, al palacio de los Dux, con el fin de depositar sus anónimas delaciones en un buzón conocido con el nombre de la *bocca di leone*.

En el año de 1647 Antonio Foscarini, gentilhomme veneciano, cortejaba a cierta dama que habitaba en la vecindad de la Embajada de España, y a la cual visitaba secretamente durante la noche. ¡Se le acusó de conspirar! Como en cierta madrugada saliese del palacio de su amada, una compañía de arqueros se arrojó sobre él, lo amordazó y lo arrojó al fondo de una góndola. Pocos instantes después fue encarcelado en los «Plomos», prisión de Estado situada en los techos del palacio ducal, y la cual, debido a su cubierta de plomo, era en el verano un lugar

de tortura. Los criminales de Estado eran encerrados ora en los «pozos», húmedos calabozos situados bajo del palacio y diariamente invadidos por las aguas a la hora de la marea, ora en la prisión de los Cuatro. Un canal separaba esta prisión del palacio y ambos se comunicaban por el Puente de los Suspiros, así llamado a causa de que los gondoleros que pasaban bajo su bóveda oían escaparse de los siniestros edificios los lamentos de los prisioneros.

Conducido ante los inquisidores del Estado, Foscarini fue condenado a muerte y arrastrado a lúgubre calabozo que aparecía apenas alumbrado por la luz de una linterna. Allí quedó acompañado del verdugo y del confesor. Se le obligó a tomar asiento en un banco de piedra; el verdugo le rodeó el cuello con un aro de fierro y lo estranguló. Los gondoleros recibieron el cadáver por un ventanillo y lo arrojaron a la laguna.

En el caso de que se huyese de sus esbirros, Venecia empleaba el veneno. En el siglo XVII vidrieros de Murano, llamados por Colbert, divulgaron en Francia el secreto de la fabricación de espejos. En vano el Consejo de los Diez quiso que regresasen a Venecia: preciso fue recurrir a los grandes medios. En enero de 1667 el mejor de los pulidores de cristal murió después de continuado delirio; tres días después el más hábil de sus compañeros caía como herido del rayo. En el siglo siguiente el Conde de Bonneval, gentilhombre francés al servicio de Turquía, presentó al Sultán un plan de ataque contra la República. El 21 de marzo de 1747 murió de repente: había cometido el error de admitir en su servidumbre, como barbero, a un supuesto napolitano que era en realidad agente y mensajero del Consejo de los Diez.

Tal es el fondo, sombrío y lúgubre, de la historia de Venecia. Pero en cambio, ¡qué soberbia apariencia! Jamás nación alguna llevó a tal extremo la prodigalidad a fin de realizar el sueño fabuloso de una suntuosa existencia.

Los venecianos nacían, se criaban y morían entre lujo increíble: se diría que el universo trabajaba sólo para el placer de Venecia. El esplendor de las bodas patricias deslumbraba al extranjero. Más de trescientas personas formaban el cortejo de los novios, quienes iban al templo al són de trompetas y pífanos. Las ventanas y puertas del palacio de la novia aparecían decoradas con banderas y ricos tapices. Los sombreros y libreas de la servidumbre se adornaban con galones de oro, medallas, plumones y agujetas de plata. El pueblo, que gustaba del lujo de sus amos, observaba los menores detalles del cortejo y silbaba a los gondoleros que no llevasen medias de seda escarlata. Los ajuares eran maravillosos. La novia, a más de su dote en oro y en inmuebles, aportaba por lo menos tres docenas de trajes de raso y de brocado, pieles preciosas, batistas, tapices, espejos, perlas: ¡los despojos del universo!

En un festín ordinario los burgueses de Venecia no gastaban menos de quinientos ducados (el ducado valía, aproximadamente, dos pesos oro). Los grandes banquetes sobrepujaban en fasto cuanto pueda soñar la imaginación. El 1.º de agosto de 1552 el Cardenal Grimani recibió a Ranuccio Farnesio, sobrino del Papa. El festín duró cuatro horas. Se sirvieron ochenta platos. Al cortar los pasteles, volaban bandadas de aves exóticas. Durante el banquete, artísticas fuentes de azúcar y pasta vertían vinos preciosos. Cien músicos formaban la orquesta.

El gobierno pensó en detener el torrente de la prodigalidad, pero encontró una invencible oposición en muchos hombres y en todas las mujeres, desde la Dogaresa hasta la vendedora de flores. Estas no luchaban por su mesa, sino por su traje. En efecto, ninguna otra nación, en los tiempos modernos, ha igualado la riqueza de las modas venecianas ni la rapidez en sus transformaciones. Desde la mañana, las mujeres se cubrían de chorreras de enca-

jes, de joyas, de cintas y de velos. Las patricias, aun de mediana fortuna, poseían a lo menos quinientos ducados en anillos y numerosas sartas de perlas. Todas aparecían literalmente acorazadas de brillantes, rubíes, esmeraldas y zafiros.

No retrocedían ante ningún sacrificio a fin de parecer hermosas. Se había lanzado la moda de los cabellos rubios, de color y reflejos dorados. Las venecianas de distinción se humedecían la cabeza «con una esponja sujeta a la extremidad de un palillo», y se frotaban luégo el cabello «con mil perfumes, con jugo de uva, con cáscaras de naranja y de huevo, ceniza y azufre». Para secarlo no hacían uso de toallas sino del sol, en las terrazas de sus habitaciones. Deseosas de conservar la frescura del tinte, se aplicaban durante la noche sobre el rostro tajadas de carne cruda previamente empapada en leche.

Contra tánto tesón las leyes suntuarias carecen de efecto. El Senado prohibió los encajes de oro: las damas venecianas se vistieron de trajes bordados en plata, y de tal manera pesados, que preciso era el concurso de varios pajes para que la dama pudiese caminar.

El Senado triunfó solamente en lo que respecta a las góndolas. Era costumbre que estas brillasen de oro, de nácar y de pedrerías y que dejasen flotar en la estela largas colas de terciopelo. El Cuerpo soberano las condenó al tapiz negro y a la más completa sencillez. De esta suerte la galera de Cleopatra se convirtió en el «ataúd flotante» que aún hoy espera al viajero al salir de la estación del ferrocarril: fue su única victoria.

Los hombres, y los más graves, imitaban a las mujeres. Los Senadores vestían de raso y terciopelo. Había desaparecido la noble severidad de los abuelos y sus virtudes domésticas. Desde hacía largo tiempo la nobleza abandonaba el comercio: ya no se la veía, con la toga tradicional, en los almacenes del Rialto, ni convertía los sótanos

de sus palacios en depósito de universales mercaderías. Los vicios de oriente invadían poco a poco la ribera de las lagunas. En pos de la grandeza vino la decadencia. La agonía comenzaba.

*
**

Fue la más hermosa, la más seductora, la más inverosímil de las agonías. Durante el siglo XVIII Venecia se convierte en una isla encantada, en un abrigo de Telémaco, en una rosada playa del país de Tempé. La ciudad de los Dux es entonces la luminosa y loca ciudad de las mascaradas y de las serenatas, la Sybaris de Europa, el asilo de la gracia y de los placeres. ¡Ni inquisidores ni historias trágicas! Un gobierno benigno que se guarda de incomodar a nadie. Una población de poetas, parásitos, peluqueros, virtuosos, usureros, tahures y bailarinas. Siete teatros y doscientos cafés abiertos noche y día. Venecia se ha convertido en el refugio de cuantos quieren reír y divertirse. El mundo entero sueña en el Carnaval de Venecia.

El Carnaval dura seis meses: desde el primer domingo de octubre hasta Navidad, y del día de Reyes a la Cuaresma. Empieza de nuevo con la Ascensión y luégo con la fiesta de San Marcos. Cada vez que se elige un Dux o un Procurador, el Carnaval recomienza. Todos llevan máscaras, desde el Dux hasta la sirvienta. El día es entonces lo mismo que la noche. Nada de horas fijas para comer o para dormir. Ni regla ni freno. A media noche, como si fuere medio día, vense abiertos los restaurantes, expuestos en los portales toda suerte de comestibles, preparada la cena en paradores y hoteles. En las calles, sobre las olas, y entre músicas, canciones, risas y gritos, sólo se ven Arlequines, Pierrots, Colombinas y payasos, derviches, muftis, odaliscas y esclavas orientales. Ningún aconteci-

miento puede interrumpir aquella loca alegría. En 1789 se guarda secreto sobre la muerte del Dux, a fin de que el pueblo pueda continuar en su regocijo.

En aquella atmósfera de placer y de fantasía la vida se convierte en verdadera novela. Las aventuras más inverosímiles y las intrigas más sorprendentes se desarrollan en el laberinto de sus callejuelas y en el dédalo de sus canales. Venecia es la patria de los falsos príncipes, de los petardistas letrados, de los Gil Blas y de los Figaros, y Venecia es benigna para con ellos: la divierten y es a lo que Venecia aspira.

Hoy, cuando todo ha cambiado y cuando viró de rumbo el movimiento y la actividad comercial, Venecia se resigna y renuncia a su anterior prosperidad. Justamente son los recuerdos de aquel pasado, para siempre abolido, lo que constituye el sortilegio de la ciudad en donde amaron Byron y Musset. El reino del placer se ha convertido en el imperio de la meditación y de la melancolía. En los jardines de Murano se respira olor de tumbas. La república de San Marcos se nos aparece tan lejana como el Egipto faraónico. ¿Qué importa?... Subsisten aún los vestigios de su pasado, las obras maravillosas que atestiguan su grandeza de otros tiempos: ellas hieren nuestra imaginación y nos hacen vivir, durante algunos instantes, la vida del ensueño, que quizás vale la de la realidad.

(Traducción y adaptación de REVISTA MODERNA).

NOVELA DE AMOR DE UN PROCER

CAMILO TORRES, padre y maestro de la revolución libertadora de Colombia; el más grande jurista, el íntegro magistrado, el orador más elocuente y el más virtuoso de los hombres de su tiempo; Camilo Torres, el apóstol y el mártir, el símbolo excelso de nuestra nacionalidad, tuvo la fortuna de encontrar—hallazgo raro y envidiable—una mujer bella y buena, inteligente y noble, que lo comprendió, lo amó, le dulcificó la vida, le inspiró trascendentales ideas, lo estimuló en las luchas, le hizo más claras las auroras del triunfo y menos tenebrosas las noches del vencimiento.

Esa mujer admirable fue María Francisca Prieto y Ricaurte.

Nació ella en Santafé, de familia patricia. Fue su padre el acaudalado caballero don Joaquín Prieto y Dávila, hijo de don Tomás Prieto y Ricaurte y de doña María Ana Dávila y Caicedo; y su madre, la aristocrática matrona doña Rosa Ricaurte y Torrijos, hija de don Juan Agustín de Ricaurte y Terreros y de doña Gertrudis Torrijos y Rigueyro. Tuvo tres hermanas: doña Josefa, casada con el español don Joaquín Quintana; doña Mariana, mujer de don Mariano Espinosa Mora, y doña Juana, esposa de don José Ignacio París Ricaurte.

Dotó la naturaleza a María Francisca pródigamente con sus más ricos dones: era alta, delgada, flexible y airosa; su cabellera se partía en dos crenchas de ébano sobre un rostro fino, blanco y pálido; sus ojos eran negros y brillantes, pero de apacible mirada; su voz, cadenciosa; reía con gracia y dulzura incomparables. La educación rígidamente religiosa, monjil si se quiere, que recibían entonces las señoritas nobles, permitió sin embargo al espíritu de esta privilegiada criatura batir las alas por dilatados horizontes: fue así como el encanto de su trato se hizo proverbial en la ciudad.

Al comenzar el siglo XIX, ejercía don Camilo Torres su profesión de abogado en Santafé y regía la cátedra de Dere-

cho civil en el Colegio del Rosario. Reputado ya por su ilustración y su prodigioso talento, se le recibía con especial deferencia en la *Tertulia del buen gusto*, discreto cenáculo del Gay Saber que celebraba sus ágapes en la morada de doña Manuela Santamaría de Manrique. Una noche en que se sentaban a la mesa Salazar, Fernández Madrid, Ulloa, Montalvo, los Gutiérrez, José Angel Manrique, su hermana Tomasa y varias distinguidas damas, conoció allí el doctor Torres a María Francisca Prieto, prima de la dueña de casa.

Conocerla y enamorarse locamente de ella, fue una sola cosa. ¡Cómo sería entonces de ágil, convincente y hermosa la palabra en los labios del insigne tribuno!...

Ello fue que a los pocos días la noticia del noviazgo había trascendido en la sociedad, y el matrimonio pudo considerarse como realizado.

Don Camilo, que era hijo y hermano amantísimo, se apresuró a comunicar el proyecto y a pedir el debido permiso a su madre, doña María Teresa Tenorio y Carvajal, que residía en Popayán. Su padre, don Jerónimo Francisco de Torres y Herreros, había muerto poco antes. Esta correspondencia, que debió ser muy interesante, no se conserva. Si se guardan las cartas que dirigió a sus hermanos, que dicen así:

Santafé, mayo 20 de 1802.

Mi querido hermano Ignacio: Aún no pensaba escribirte sobre lo que lo hago, esperando la resolución de mi madre, pero creo que no hay motivo de dilatarlo, y que tú debes entrar en unos mismos sentimientos conmigo. He tratado matrimonio con doña Francisca Prieto y Ricaurte, una señorita de muy apreciables circunstancias, sobrina de don Nicolás Prieto, cuyo padre murió y aún vive la madre, doña Rosa Ricaurte, que es una gran señora. Las demás excelentes cualidades de esta muchacha me parece que la harán una buena mujer. En fin, creo que el cielo me ha llamado a este estado casi sin arbitrio: tú pídele a Dios que en él sea feliz. Cuento con el beneplácito de mis hermanos, y creo que esta unión en nada debilitará los vínculos de la caridad fraternal; antes los estrechará y mi mujer amará tanto como yo a unas personas que me son tan queridas.

Mis queridas hermanas Luisa, Manuela, Andrea y Teresa: Pienso daros una nueva hermana, pero digna de vosotras. El correo pasado lo escribí a nuestra madre, y creo que tendré su aprobación. También espero la vuestra. Es una muchacha de excelentes cualidades, y si la conocieseis os apresuraríais a reunirla en vues-

tro seno. Sólo es mi dolor que no la tengáis a vuestro lado; pero esta esperanza no es perdida. Creo que Dios me tomará estrecha cuenta de este beneficio, porque la mujer buena es un dón del cielo. Por lo demás, yo siempre seré el mismo, y la mudanza de estado en nada influirá sobre mi corazón. Antes lo suavizará y tendré mucho que aprender en la amabilidad de las costumbres de mi mujer. Dios quiera bendecirme en este estado y darme en él las luces con que acierte a servirle. Pensaba no escribiros hasta el venidero; pero se me ha hecho duro; y, además, no creo que hay que temer ninguna desaprobación de parte de nuestra madre, principalmente cuando esto ya no tiene remedio. Se ha divulgado en tales términos en Santafé, que ya nadie lo ignora, y todos se anticipan a darme enhorabuena. Es cierto que Francisca Prieto (así se llama vuestra hermana) es una muchacha de muy apreciables circunstancias. Creo que no la merezco, y esto me hará serle siempre más reconocido. Después os enviaré su retrato si hay proporción de que lo tomen bien. No es mal parecida y ésta es la menor cualidad que tiene: es bien educada y de mejor genio: es muy curiosa de manos y de buen entendimiento. Sobre todo es cariñosa y honesta. No me ciega la pasión. Tengo sobrada edad para no dejarme llevar de apariencias; y la reflexión es quien me decide. Escribidle.

No hay más tiempo.

A Dios que os guarde muchos años.

Vuestro hermano,

CAMILO.

Desde las minas de San Juan de Micay, una de las principales propiedades de la familia Torres, contestó don Ignacio a su hermano, con fecha 26 de junio siguiente, de la filosófica manera que va a verse:

Mi amado hermano Camilo: Por la tuya de 20 de mayo veo tu resolución de abrazar el estado del matrimonio: tu edad y tus luces te habrán hecho meditarlo bien; porque me parece que aquí es donde más yerran los hombres. En fin, si el cielo te llama, si tienes el consentimiento de nuestra madre, y si se verifica, le pediré a Dios que en él vivas feliz.

El doctor Mariano Grijalba, antiguo maestro de Torres, a quien escribía epístolas que por lo ditirámicas recuerdan las de don Simón Rodríguez para su discípulo el Libertador, le decía en una de ellas:

A pesar de que usted no me ha participado hasta ahora su proyecto de matrimonio, no debo pasar en silencio este punto muy importante para usted y para sus amigos. Dice el Barón (de Humboldt) que estando en casa del naturalista Marqués de San Jorge, fue presentado a una gran dama, joven y viuda, que estaba de visita allí con una hija bella, amable y culta e interesante; que al salir tuvo la corteja el Marqués de conducirlo hasta el vestíbulo, en donde lo informó que la señorita es la futura prometida de usted, muy dada a las letras, como la señora prima de ella, doña Manuela Santamaría, de quien me habla usted a menudo; siendo ambos recíprocamente dignos el uno del otro, etc.

El 4 de julio de 1802, ante selecto y numeroso concurso, se consagraron al pie del altar del templo metropolitano de Santafé los amores de Camilo Torres y Francisca Prieto. Ofició el ilustrado Canónigo doctor Rafael Torrijos y Rigueyro, Rector del Colegio del Rosario, tío de la desposada, y presenciaron la ceremonia nupcial como testigos los padrinos, doctor Tomás Tenorio y doña Lucía Bernal, y entre otros muchos, el doctor Juan Nepomuceno Cabrera, Medio Racionero de la Catedral; don Gaspar de Valencia, Contador del Tribunal de Cuentas, y don José Santamaría, Tesorero de la Real Casa de Moneda.

A gozar de la luna de miel se fueron los esposos Torres-Prieto para Fusagasugá, plácido lugar de veraneo, a la hacienda de *El Chocho*. De allí escribía don Camilo en octubre los siguientes curiosos conceptos:

.....Es bastante agradable su situación, y muy benigno el temperamento. Tiene un río muy caudaloso, y parecido al de Cauca en Popayán.... Apresuro mi marcha porque se acerca el invierno, y aun en verano es casi intransitable este monte. La parroquia de Fusagasugá es triste; sus gentes, melancólicas, y la soledad de su monte aumenta el tedio aun de quien sea menos taciturno que yo....

Vueltos a Santafé, Torres y su esposa se instalaron en la amplia casa patrimonial de la familia Ricaurte Torrijos, marcada hoy con el número 125 de la calle 8.^a, casa que forma el ángulo sudeste en el cruzamiento de dicha calle con la carrera del mismo número, frente al Observatorio.

Allí, al calor de un hogar feliz, donde todas las virtudes tenían su asiento, fueron naciendo doña Martina, don Eustaquio, doña Eusebia, don Pedro Pablo, don Epifanio y doña Juliana Torres Prieto. De ellos, los tres hombres y doña Juliana murieron solteros; doña Martina casó con don José María Cárdenas, y fueron padres de doña Eulalia, don Zoilo, don Cecilio y doña Juana Cárdenas Torres; doña Eusebia casó con don Manuel Antonio Arboleda, y sus hijos fueron don Gabriel, doña Asunción, don Gregorio, don Pedro María, doña Concepción, don Miguel, doña Francisca (párvula), doña Margarita, doña Carmen, don Jacinto y doña Francisca Arboleda Torres. Doña Juliana, que había nacido en 1816, vivió hasta 1901; a ella y a doña Eusebia, que perdió de manera trágica en la revolución

de 1860 a su esposo y a uno de sus hijos, les concedió el Congreso de 1874, por medio de la Ley 29 de 4 de junio, pensión vitalicia de cuarenta pesos mensuales para cada una.

Imposible imaginar en el mundo un rincón más dichoso que aquel donde Camilo Torres, despojándose de las graves atenciones impuestas por su asidua ingerencia en los asuntos públicos, se abandonaba a las más delicadas ternuras, al cultivo de las más nobles fruiciones del espíritu. Allí todo era paz y bienandanza. El marido descubría cada día nuevas cualidades en su esposa, nuevos motivos de consideración y de cariño, y ella cada vez estaba más satisfecha y orgullosa de su compañero. Allí anidaban la felicidad y el amor, aves de leyenda, veleidosas y esquivas. Aquello era el paraíso.

La familia de doña Francisca consideraba al doctor Torres como su mentor y su jefe; y la de éste vivía enamorada de *la gran Pacha*. Hasta el prudentísimo y parsimonioso Caldas, se hacía lenguas para hablar de los encantos y los primores de su nueva prima. Don Ignacio Tenorio, tío de los Torres, viejo caprichoso que había viajado por toda Europa y residido durante catorce años en Rusia, envió a su sobrina una rica alfombra «de las que se usan sólo en la iglesia», bordada con esta inscripción: *Madame Torres, née Francisque Prieto de Salazar Dávila et Ricaurte*.

Don Camilo encargó a Quito, donde los fabricaban famosos, un *pesebre*, para celebrar dignamente en su casa la nochebuena y la pascua de navidad. Le vino a pedir de boca. Costó cuarenta y cinco patacones. Estaba compuesto así: misterio, tres reyes, un embajador, un ángel, un arriero, veinticuatro pastores, un buey y una mula. Es legendaria la manera como se rezó la novena del Niño en diciembre de 1807 en la mansión de Torres. ¡Qué aguinaldos aquellos! ¡Y qué refrescos los que las lindas manos de doña Francisca aderezaban para los numerosos convidados!

Y fue también en el hogar austero de Camilo Torres donde el grano liberador aventado por Nariño en 1794, halló surco propicio y germinó y se convirtió en planta robusta para florecer luégo espléndidamente.

Fue allí donde adquirió forma tangible el pensamiento revolucionario, que flotaba en el caótico ambiente colonial. Allí se escribió el profético *Memorial de agravios*, «las primeras palabras que balbuceaba la patria naciente», la página más viril y más brillante que registra nuestra literatura política de todos los tiempos.

De aquella casa salió Camilo Torres para la célebre Junta del 9 de septiembre de 1809, donde su verbo caldeó los ánimos entumecidos por la servidumbre y fue como un ariete formidable asestado contra la vieja iniquidad. De aquella casa salió Camilo Torres para las reuniones secretas que, calle de por medio, se celebraron en las salas del Observatorio, bajo la égida de Caldas, en los días convulsivos que precedieron al 20 de julio de 1810. De aquella casa salió Camilo Torres, finalmente, para el Cabildo abierto que proclamó la Independencia, y «no oyeron el Areópago de Atenas ni el Senado de Roma una voz más elocuente» que la suya en aquella jornada memorable.

Vino después la magna obra de enderezar por buenos caminos la incipiente República, y la casa de Camilo Torres fue como un faro colocado en lo más alto de un arrecife, de donde cayó luz sobre las olas bravas y sobre las naves desorientadas del mar político.

Y cuando la tormenta caliginosa de la Reconquista se desató sobre el haz de la patria, Camilo Torres y su esposa fueron naturalmente de las víctimas propiciatorias primeramente escogidas.

El 1.º de abril de 1816 dejó el doctor Torres a Santafé, con la mira de dirigirse a las cálidas llanuras del Tolima. Lo acompañaban su esposa y sus hijos, entre ellos una niña de cincuenta y cuatro días de edad; también su hermano Jerónimo y su Secretario privado, don José María Cárdenas. Al llegar a La Mesa fue detenida arbitrariamente la comitiva por el Alcalde patriota don Baltasar Pulido y por don José Antonio Olaya, que desempeñaba alguna función militar. Es de advertir que los viajeros iban provistos de pasaporte expedido en legal forma por la Gobernación de Cundinamarca. Ante la conducta insólita de las autoridades de La Mesa, don Ca-

milo hubo de regresar solo a la capital, donde elevó la queja correspondiente; y habiendo obtenido favorable resolución, como no podía menos de suceder, volvió a juntarse con los suyos, y siguieron camino el día 16.

La familia Torres fijó su residencia en la tranquila villa del Espinal. Pero las inquietudes inherentes a la época de exterminio que se iniciaba, obligaron al doctor, a su hermano y al señor Cárdenas a emprender viaje, a través de escabrosas montañas, para Popayán. Y el ósculo ardiente que el día de la partida imprimiera don Camilo a su esposa y a sus hijos, fue el último. La fatalidad los separaba para siempre.

No bien dejó él la población, cuando empezó para su familia una serie de indecibles torturas. El Comisionado de la Junta de Secuestros, Antonio Hernández, les arrebató los escasos recursos con que contaban en aquel apartado sitio. Además, se contagiaron todos de una tremenda enfermedad de los ojos, y doña Francisca, la gentil y opulenta dama santafereña, tuvo que ir de puerta en puerta, medio ciega y toda demacrada, a mendigar pan para sus hijos. Hacía un rudo verano. En el pueblo no se conseguía un cántaro de agua. Y en una casucha miserable, tendidos sobre el suelo polvoriento, los deudos del grande hombre se morían de dolor, de hambre y de sed.

Para colmo de penas, el Pacificador libró orden urgente para que doña Francisca y sus hijos se presentaran sin demora en Santafé. Ya puede suponerse cómo sería de difícil la movilización de esa infortunada familia. Los siguientes documentos son bastante elocuentes:

Señor Alcalde de segunda vara :

Doña Francisca Prieto, vecina de Santafé y residente en este lugar, ante usted como más haya lugar en justicia parezco y digo: Que necesitando acreditar los motivos por que no he podido ir a la capital, espero se sirva usted, a continuación de este pedimento, certificar si es cierto que todo este tiempo pasado he estado yo, también mi familia, enfermos de los ojos, y también si se me ha dificultado conseguir las bestias que he solicitado para mi transporte.

Todo lo que, por ser de justicia, a usted pido y suplico provea como solicito, que en lo necesario juro, etc.

FRANCISCA PRIETO.

Otrosí digo que no hallándose papel competente del sello tercero para hacer este pedimento, lo hago en este blanco consignando el Real haber.

FRANCISCA PRIETO.

Espinal, junio 29 de 1816.

Désele a esta parte la certificación que solicita en cuanto ha lugar, consignando al Real haber el valor del papel como ofrece. Lo proveo yo, mando y firmo, actuando con testigos por no haber escribano.

JUAN MIGUEL HUERTAS.

Testigo, *Manuel Monsalve*.—Testigo, *José María Rodríguez*.

Don Juan Miguel Huertas, Alcalde de segunda vara de esta jurisdicción, certifico en debida forma que doña Francisca Prieto, a quien conozco, vecina de Santafé y residiendo en ésta del Espinal, va para cuatro meses que se halla, así ella como su familia, sumamente enfermos de la vista del mal de ceguera, como también que es corriente que en estos países son sumamente difícil las bestias que puedan servir formalmente para viaje largo; mayormente en los tiempos pasados y presentes, que se han desolado tánto con el preciso concurso de tropas que han tocado por este lugar, así de los insurgentes como ahora también de Su Majestad. Es cuanto puedo decir en obsequio de la verdad y cumplimiento de mi obligación, para que haga fe ante los S. S. que la presente vieren.

Espinal, 29 de junio de 1816.

JUAN MIGUEL HUERTAS.

Después del desastre de la Cuchilla del Tambo, el doctor Torres, hostigado por las persecuciones y convencido de que no había ya esperanza de salud para la patria, resolvió presentarse a Warleta, confiado, además, en un convenio de garantía para las vidas de los patriotas, que aquel jefe español había ajustado con el Coronel Pedro Murgueitio. Warleta lo entregó a Sámano, y éste lo remitió a Morillo, a pesar de que de él había recibido orden perentoria de pasarlo por las armas tan pronto como cayera en sus manos, sin más diligencia que la identidad de su persona.

El 20 de agosto escribía Torres a su esposa desde Popayán:

Mi querida Pacha:

Después de la que te escribí de Buga, con fecha 29 del pasado, me remitió Sámano junto con mis hermanos a Popayán, en donde estamos, aunque sin prisiones, en el Cuartel de Prevención. Me ha dicho que seré juzgado en Santafé; por consiguiente, seré remitido allá, y lo que siento son las incomodidades del camino, yendo en calidad de preso. Todo se remediará si mi tío Tomás me hubiese podido con-

seguir un pasaporte o una orden para que se me diese; pero talvez no habrán llegado las cartas que desde el camino y desde el 18 de mayo estoy escribiendo sobre esto.

Es preciso que trabajes con todos nuestros amigos para que dispongan los ánimos en mi favor. Tú y ellos conocéis mis intenciones y sabéis cuál ha sido mi conducta. A nadie le he hecho mal, y antes sí todo el bien posible, como lo depondrán muchos, aunque en los Gobiernos es tan fácil adquirirse enemigos. Los míos han sido forzados, pues siempre he detestado mandos, como tú no lo ignorarás y es público en Santafé. En fin, yo responderé a los cargos que se me hagan, Dios mediante, en quien espero que ha de favorecer mis buenas intenciones.

He estado un poco malo de calenturas, y esto es lo que más me hace desear ir con un poco de desahogo; pero que se haga en todo la voluntad de Dios, que así quiere purgar mis pecados.

Aún no he visto una letra tuya desde que me separé de ti. Dios quiera que no sea falta de salud.

Memorias a tu tío Pedro (Ricaurte), a don Manuel Santacruz, a tus hermanos y parientes y a todos nuestros conocidos.

Mil abrazos a mis hijos, y a Dios que te guarde muchos años.

Tu amantísimo,

CAMILO.

P. D.—Recibe saludes de Cárdenas.

De La Plata, a 8 de septiembre, decía a don Tomás Tenorio, su tío:

Le ruego a vuesamerced que cuide de Pacha y la consuele. El considerar las penas que padecerá ella es lo que más me atormenta; pero Dios no la abandonará y mirará por nosotros.

Con la misma fecha se dirigía así a su mujer:

Mi querida Pacha:

Hemos llegado a esta ciudad ayer, y seguimos mañana. Nos conduce un excelente oficial, don Ventura Molinos, que nos trata con mucha humanidad. Mis hermanos quedaron en Popayán. En el páramo no he tenido novedad, pero aquí he vuelto a sentir calentura, que quizá será efecto del temperamento cálido, que no me sienta nada. En el páramo supe por la primera vez de ti, porque me dijo Félix que había hablado con un peón que le dijo te había visto con dos chiquitos en casa de mi tío. Dios quiera que no tengas novedad, y a mí me envíe los trabajos que sean de su santísima voluntad. Saludes a todos nuestros conocidos y a mis chicos, y a Dios que te guarde muchos años.

Tu amantísimo.

CAMILO.

El 2 de octubre llegaron a Santafé, rodeados de numerosa escolta, el doctor Torres, el aristócrata republicano Conde de Casa-Valencia, el ex-Presidente Rodríguez Torices y el institutor don José María Dávila. Inmediatamente se les encerró en el Colegio del Rosario, de donde Morillo había expul-

sado las sombras de Fray Cristóbal y de Mutis, para hacinar a los reos de Estado, traidores al Rey.

El expediente seguido contra Torres y sus compañeros fue sumarisimo. El 4 de octubre, sin que hubieran logrado ponerse en comunicación con algún miembro de familia o algún amigo, se les hizo firmar la diligencia de última voluntad, documento que servía a los pacificadores como base para la confiscación total de los bienes de sus víctimas; en seguida se les puso en capilla, y al día siguiente, 5 de octubre de 1816, a las diez de la mañana, fueron ajusticiados en la plaza mayor.

La escena pavorosa de este asesinato ha sido descrita magistralmente por don José Belver, testigo presencial, y es muy conocida. El doctor Torres vestía casaca y pantalones negros, chaleco y corbata blancos. Marchó al patíbulo con la severa majestad de un romano. Las balas le destrozaron horrorosamente la cara. Su cadáver y el de Torices permanecieron el resto del día izados en horcas infamantes. A las cuatro de la tarde un verdugo los descolgó y les cortó las cabezas, las cuales colocó en unas jaulas de hierro. Los troncos de estos mártires fueron recogidos de la arena y sepultados luego por la Hermandad de La Veracruz. Sus testas gloriosas se pusieron sobre escarpías en las entradas norte y occidental de la ciudad. La del «Catón granadino, el ideólogo, causa de la Revolución», fue expuesta en el sitio preciso donde la actual calle 23 corta la Avenida de Boyacá. Allí, durante quince días, fue festín de los cuervos. Pero ese cerebro-luz brillaba todavía intensamente; esa boca no había enmudecido para siempre; y desde la altura trágica donde la plantó la mano plebeya de Pablo Morillo, continuaba gritando: «¡Igualdad, santo derecho de igualdad! Justicia, que estribas en esto y en dar a cada uno lo que es suyo: inspíra a la España europea los sentimientos de la España americana... ¡Quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los terribles efectos de una separación eterna!...»

A los horrores del sacrificio de su esposo, siguieron para la ilustre Francisca Prieto largos días de privaciones y de angustias. Los pocos bienes que aún le quedaban, fueron secuestrados íntegramente, hasta su vajilla de plata y hasta un

dedal de oro que ella usaba. Fue un lapso de punzadora miseria, de amargo desamparo. Pero ella, flor preciada de una sociedad fastuosa, alegría y timbre de una casa procerca, supo sobrellevar heroicamente el abandono y la expiación.

Cuando el régimen del Terror, como todo lo que el crimen engendra y la violencia crea, se desplomó carcomido y maltrecho; cuando el sol de Boyacá alumbró los campos reconfortados de la Patria, Francisca Prieto recobró en parte las perdidas fuerzas. Tanto sacrificio no había sido estéril. ¡Sus hijos serían al menos ciudadanos de un pueblo libre!

Pasaron dos años. El pan seguía siendo escaso y negro. La desgracia multiplicaba sus flagelos. Pero un día el eco doloroso del hogar de Camilo Torres, llegó hasta el palacio de Bolívar. A la mente del Libertador se agolparon los recuerdos. Rehizo la obra de Torres, y la contempló con los ojos del espíritu. Era gigantesca y decisiva. Sin el genio de ese hombre, su propio genio habría encallado en la impotencia; su inspiración libertadora habría fracasado irremediadamente, como los impulsos conquistadores de la altura en una águila sin remos. Ese hombre había descifrado como un vidente los destinos de América. El único que lo comprendió *en tiempo*; cuando a la vista del vulgo él no era sino un iluminado aventurero, ese hombre le entregó la más florida juventud y le abrió las arcas de la Nueva Granada, para que hiciera la libertad de Venezuela; y perdida esa expedición, todavía confió en él y volvió a auxiliarlo y lo colmó de honores. . . . Los hijos de Camilo Torres languidecían en la indigencia. . . . El Libertador, con la mano trémula de emoción, escribió la siguiente nota:

Excelentísimo señor Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo.—Presente.

Excelentísimo señor:

La viuda del más respetable ciudadano de la antigua República de la Nueva Granada, se halla reducida a una espantosa miseria, mientras yo gozo de treinta mil pesos de sueldo. Así, he venido en ceder a la ciudadana Francisca Prieto mil pesos anuales de los que a mí me corresponden. En consecuencia, sírvase Vuestra Excelencia ordenar se le satisfaga la mesada correspondiente, descontándose a mí.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.

BOLÍVAR.

Cuartel General en Bogotá, a 6 de noviembre de 1821.

En el archivo de la Tesorería se conservan los recibos que doña Francisca firmó mensualmente por la suma de ochenta y tres pesos. Con esta pequeña ayuda, la vida se hizo más llevadera y pudo pensarse en iniciar la educación de los hijos. Fue un beneficio inmenso. Pero la encina que tan fieramente había soportado huracanes y borrascas, no resistía ya más. Minada en su ancianidad prematura por una cruel afección pulmonar, doña Francisca Prieto de Torres se durmió en la paz del Señor, en los primeros días de abril de 1826.

Santander escribió entonces a Bolívar:

La viuda de don Camilo, a que usted daba mil pesos, ha muerto. Yo me atrevo a presentarle a usted, para que les dé algo de estos mil pesos, a la viuda del doctor Vásquez, muerto en un patíbulo, y que ha quedado indigente y cargada de hijos; la viuda del ilustre Caldas, que está padeciendo, y (permítame usted otra) la viuda de Manuel Castillo, pobre y desgraciada. La mujer no debe cargar con el odio de su marido ni participar del justo resentimiento de usted. Los mil pesos pudieran distribuirse así: trescientos para la viuda de Caldas, trescientos cincuenta la de Vásquez y trescientos cincuenta la de Castillo. Algo es algo para la mendicidad.

No sabemos si el Libertador atendió las indicaciones de Santander. Es fácil averiguarlo y es casi seguro que sí. Probablemente mientras Bolívar ganó sueldo de ahí en adelante, de él participaron las viudas de Caldas y de Vásquez, y lo que es más: la viuda de su encarnizado enemigo el Coronel Castillo.

Acción hermosa, digna de la historia clásica. Los hombres de esa época eran superiores a las generaciones que vinieron después. ¡Héroes de Carlyle!

Camilo Torres concede a Bolívar en 1813 el título de *ciudadano* de la Nueva Granada; Bolívar lo recibe como «la dignidad más apreciable a que la fortuna pueda elevarlo»; ungiendo con él, se lanza a la epopeya redentora; y en 1821 lo devuelve, con un mensaje de misericordia, a la mujer que fue numen y gloria del antiguo Presidente de las Provincias Unidas: a la *ciudadana* Francisca Prieto.

FABIO LOZANO Y LOZANO.

Bogotá, diciembre de 1915.

CRONICA DE LA GUERRA EUROPEA

HACER un resumen de las modificaciones esenciales ocurridas en los frentes de batalla y en las cancillerías, es el objeto que en crónica quincenal sobre la guerra europea se propone REVISTA MODERNA, con la mira de ofrecer en pocas líneas a sus lectores información que dé a conocer la idea dominante que se desprenda del curso de los acontecimientos.

Precisa para principiar dejar anotada, a manera de punto de partida, la situación actual de los beligerantes, según los cables confirmados, y dar breve reseña histórica acerca de los antecedentes inmediatos del gran conflicto, lo que basta a nuestro propósito, ya que el fijar las fuentes del vasto proceso histórico que se está cumpliendo, implicaría remontarse a los orígenes mismos del Imperio alemán, y seguir el desenvolvimiento de la política de hegemonía germánica, iniciada por Bismarck, así como el curso de la política de equilibrio de fuerzas, sostenida por Inglaterra y algunas naciones del continente (1).

Quizás un imperio forjado en el yunque de la conquista no podía encontrar solución a sus problemas en la política de equilibrio internacional, ni aceptar el mantenimiento de su *statu quo* como base de su programa.

(1) Alianza franco-rusa, 1898. Reconciliación franco-italiana, de la que sonriendo decía el Príncipe de Bülow: «Un compás de valse que no inquietaría ni a un marido celoso». Acuerdo verbal relativo a Marruecos y a Trípoli, diciembre de 1900. Visita del duque de Génova a Tolón, abril de 1901. Declaración de Delcassé a la Cámara francesa, 1902. Viaje de Eduardo VII a París, mayo de 1903. Acuerdo franco-inglés, abril de 1904. Acuerdo franco-español, mayo de 1907. Acuerdo anglo-español, mayo de 1907. Acuerdo ruso-japonés, julio de 1907. Acuerdo anglo-ruso, julio de 1907, último eslabón en la cadena de las combinaciones del «equilibrio europeo».

Hecho histórico innegable es el que el Emperador Guillermo, desde su ascensión al trono, mantuvo en sobresalto a las cancillerías europeas con los movimientos de su política externa. Hoy es el telegrama famoso al Presidente Krüger (enero, 1896) durante la guerra de los boers, en el cual les ofrecía la imperial protección, como vástagos que eran de raza alemana; más tarde Inglaterra se verá forzada a pagar a Alemania su libertad de acción en el Transvaal. Luégo es el interview sensacional del *Daily Telegraph*, en el cual reclama el mérito de haber rechazado la insinuación de Rusia de aprovechar con Francia la ocasión de humillar a Inglaterra. Más tarde (1898) llega a Constantinopla para confirmar al Sultán las promesas cuya compensación económica había sido fijada de antemano. Después aparece en Tánger (31 de marzo de 1905), y en vibrante discurso remueve la espinosa cuestión de Marruecos. Por último, en 1906, tiene lugar la Conferencia de Algeciras, a la que el Príncipe de Blüow convocó a la Europa con el fin ostensible de humillar a Francia y revivir los días gloriosos del Congreso de Berlín.

Principió luégo marcada política de tanteo, en espera del momento propicio para la guerra. Conocidos son los escritos de Bernhardt, los panegíricos a «la guerra creadora de orden y de progreso». En el mes de julio de 1908, Austria proclama la anexión de Bosnia y de Herzegovina. Bulgaria se independiza. El Sultán reclama. Persia pide compensación. Rusia la apoya. La cuestión eslava se agita en Petrograd con caracteres peligrosos. La guerra parece inminente. Las potencias neutrales se precipitan a apagar el fuego. Alemania notifica entonces a Rusia (marzo, 1909) que el Imperio cumplirá estrictamente los compromisos que lo ligan a su aliado austro-húngaro. Ante la inminencia de una guerra cede el gabinete ruso y Turquía se transa por dos millones de libras turcas, como compensación de pérdida de soberanía. A mediados del año

de 1911 Europa recibe la noticia de haber aparecido en aguas de Agadir cruceros alemanes. También soplaron entonces vientos de guerra. Francia conjuró el peligro, y se hizo cesión a Alemania de territorios africanos. En 1912 y 1913 la diplomacia logró salvar todavía el escollo de las guerras sucesivas en los Balkanes.

Finalmente, el crimen de Sarajevo (28 de junio de 1914) desata la tempestad por tan largos años y con tantos esfuerzos contenida. El 23 de julio se envía el ultimátum definitivo a Servia. El 27, Sir Edward Grey, Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, propone una conferencia internacional; Alemania y Austria rechazan tal idea. Al siguiente día, Austria declara la guerra a Servia.

El 31 de julio Alemania proclama la ley marcial. El 1.º de agosto declara la guerra a Rusia. El 2, cruceros alemanes bombardean a Libau, en Rusia, y a Bona en Argelia. El 3, declara la guerra a Francia, y en la mañana del 4, 100.000 soldados alemanes invaden el territorio belga y arremeten contra Lieja. El mismo día 4, a las 12 de la noche, expira el ultimátum a la Gran Bretaña. El 8, tropas francesas ocupan posiciones en Alsacia. El 9, después de gloriosa resistencia, los alemanes ocupan a Lieja. El 17, la expedición británica, constante de 250 a 300.000 hombres, arriba a Francia. El 19 los alemanes ocupan a Lovaina y el 20 a Bruselas. Sigue la marcha sobre París, la retirada de Joffre, el rechazo alemán, el Marne, mil hechos heroicos de armas, la entrada de Italia y de Turquía en la guerra, el Oriente en fuego....

En la actualidad, y a grandes rasgos delineada para sentar las bases de nuestras próximas crónicas, la situación parece ser la siguiente, de acuerdo con los últimos cables recibidos:

Los alemanes ocupan a Bélgica, con excepción de los territorios comprendidos al este de la línea Nieuport-Ypres.

En Francia, ocupan el territorio comprendido en una línea que empieza al oeste de Lila, pasa por el oeste de Arras y de Albert y termina al norte de Ribecourt. De ahí, continúa una línea por el norte de Compiègne, Soissons, Reims, Souam hasta Saint Menehould. De ahí se forma un círculo al rededor de Verdun que termina en Saint Mihiel. En Rusia ocupan a Curlandia, Lituania, Polonia y algunas otras regiones menos importantes. Además, los alemanes y sus aliados ocupan toda Serbia y la parte oriental de Montenegro hasta el río Tara, y últimamente se han abierto camino hacia Constantinopla, y el Asia Menor. En la línea de Lorena, los germanos han obtenido últimamente ligeros avances.

Los aliados ocupan en el frente alemán occidental, parte de Alsacia hasta la población de Thann; en Austria, la pequeña parte de Galitzia, situada al este del río Stripa; en el frente italiano, insignificantes territorios al sur del Trentino y al oeste del Isonzo. Y además, todas las colonias alemanas, menos el Africa Oriental Alemana, colonia sin importancia.

Como es sabido, los aliados, con asentimiento del Gobierno griego, ocupan a Salónica, en donde han hecho fuerte base de operaciones militares, y según cables últimamente llegados, los imperios centrales y sus aliados pretenden conseguir del mismo Gobierno griego el permiso para el pase de tropas por territorio heleno para atacar a Salónica y arrojar de allí a los aliados. Si esto sucediese, la situación de Grecia vendría a ser sobremedida, pues quedaría cogida entre las garras de formidable tenaza que probablemente no la votaría sino despedazada; por más que uno y otro grupo de contendores prometan que apenas cumplido el objetivo que los ha llevado a Grecia, evacuarán el territorio. Ya se sabe en tales casos, hasta dónde puede llevar la fuerza de las circunstancias y las ambiciones de las naciones, sobre todo

si son poderosas y tienen que ver con pueblos débiles. El Gobierno griego, en medio de vacilaciones y concesiones, ha tratado de buscar un equilibrio y una neutralidad imposibles de conseguir según todas las apariencias en las difícilísimas y excepcionales circunstancias en que se encuentra la nación. La lucha entablada entre el Rey (muchos dicen la Reina) y Venizelos, en que se juegan intereses de familia y simpatías de la mayoría del pueblo heleno y la enorme presión de las potencias beligerantes, han puesto al borde de un abismo a la nación.

Rumania, también atraviesa actualmente grave crisis, solicitada por uno y otro grupo de beligerantes para que entre en la guerra. Los rusos se proponen que deje el paso libre por su territorio a las tropas que deben ir a atacar a Bulgaria, a lo que no ha accedido, y por otra parte, se notan fuertes presiones de los imperios centrales para obligarla a ser su aliada, presiones que hasta ahora tampoco han dado resultado.

La colocación de familias reinantes germanas en los Balkanes, está dando su resultado.

Sólo la historia podrá deducir la parte de responsabilidad que incumba a cada uno de los actores del drama gigantesco. Ella dirá quién fue el primero en desatar el rayo, y descifrará también el problema, oscuro para nosotros en la actualidad, de si la guerra que contemplamos ha sido peldaño, como de ello existen ejemplos, para el ascenso de la humanidad hacia un plano superior de civilización y de progreso. A nosotros, simples espectadores de la homérica lucha, sólo nos cabe relatar con espíritu imparcial sus variados incidentes y quedar confiados en que, cualquiera que sea su desenlace, las conquistas de orden moral de que se enorgullece nuestro siglo no habrán de perecer en naufragio semejante al en que

perció el genio de Grecia. Hoy ya no es posible arrasar el mundo ni revolver la tierra toda por fuerte que sea el brazo que hunda en sus entrañas la reja del arado.

RUIZ DAEL.

Enero 1.º de 1915.

REVISTA POLITICA

LA entrada de Bismarck en la política europea—dice Hanotaux en «La Diplomacia del Porvenir»—fue algo semejante a la irrupción de un toro bravo en un pequeño jardín: surcos, prados, senderos, obra paciente de habilidad y de tiempo, pisoteados en una hora. Tal es hoy el rencoroso empeño de Roosevelt tratándose de la labor de las cancillerías de Colombia y los Estados Unidos: hollar con su gruesa bota el Tratado de 6 de abril de 1914, anular el pacto que representa un principio de equidad y de honor por parte de la nación que infirió el agravio, y por parte de la nación que lo sufrió un supremo esfuerzo de buena voluntad y de olvido.

Tenemos al frente, en guerra abierta, incompatible por su forma con la alta posición que ocupara él un día, a «uno de los políticos más tenaces e influyentes del mundo», quien gustoso borraría del mapa el nombre de Colombia. Pero ahora nos acompaña el reconocimiento solemne de nuestra razón y derechos, refrendado con el mismo sello con que en 1903 se ordenara la violación; un título bastante a derrumbar los sofismas de nuestro adversario, documento cuyo alcance calcularon ambos pactantes, más claro y terminante que el propio Tratado de 1846 y que la confesión hecha por Roosevelt en su desgraciada declaración de 1911.

Ellos lo saben tan bien como nosotros; y, según lo ha declarado el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Suárez, «el Presidente y el Secretario de Estado de los Estados Unidos no han dejado de manifestar explícita y públicamente, tanto a nuestra Legación en Washington como a su Legación en Bogotá, la intención decidida de defender un acto como aquel, ejecutado en su nombre y con sus autorizaciones, y calificado por ellos como acto de estricta justicia y clara conveniencia». Proclamada la verdad de nuestra causa como lo ha sido, con amplitud mayor quizá de lo que se esperaba y tanta como hubiera podido desearse, rechazar el Tratado equivaldría a una lisa y flagrante denegación de justicia que no se compadecería con la rectitud de opinión de gran parte del pueblo norteamericano y que vendría a renovar sedimentos malsanos y a ahondar una valla más profunda de lo que pudo serlo en el pasado, en la cual ellos sepultarían más que nosotros.

Queremos desechar la suposición de un rechazo; pero, si así fuere, si tanto alcanzan las maquinaciones del enemigo, nos quedaría en la mano la confesión irrevocable, la hoja de papel que habría de hacernos triunfar en dondequiera quede un tribunal para decidir la causa de los pueblos. Ellos lo saben: así como Roosevelt quiso hacer solidaria su nación de un acto de vandalaje internacional, el señor Wilson, sancionando el Tratado de 6 de abril, la ha obligado a desconocer la justicia o a realizar el acto de reparación que es a un tiempo previsoramente política.

No ignoran los Estados Unidos lo que el despojo les dio y lo que el despojo nos quitó, ni lo que nuestra amistad en el porvenir significa. A la vez que cortar un problema de sentimiento nacional y de fé pública, se trata de reconquistar la confianza de un pueblo cuyo futuro encierra posibilidades de excepción, de tranquilizar a un con-

tinente, desembocadura natural de las corrientes comerciales norteamericanas, y en el cual se ha sobresaltado el instinto de la propia conservación. El rapto de Panamá fue grito de alerta lanzada a las soberanías suramericanas cuyo eco no se apagará mientras no se dé la voz de las garantías. Y ¿quién podrá decir si la amistad de Colombia, mutilada e indefensa, no será a la larga más preciosa para la política de los Estados Unidos que la de ellos para con nosotros? ¿Es la República del norte factor irremplazable para nuestro desarrollo y progreso? ¿No nos queda acaso el privilegio de una posición geográfica única, atalaya sobre el canal que el oro de varias Californias sería insuficiente para pagar?

En el cuartel de nuestro escudo, donde campeaba el Istmo, quedó trazado del mismo golpe y por la misma mano que lo violó otro símbolo poderoso: las Columnas de Hércules y el *Nec Plivs Vltra*. Podrá sonreír el imperialismo sin freno de un Roosevelt como sonriera en día de errores Guillermo II ante la negativa de Bélgica. Sin embargo, una puerta cerrada por mano débil en momento histórico será bastante a retrasar para siempre la marcha conquistadora de los fuertes.

Por tendencia natural solemos medir la importancia ajena antes que la propia importancia, y recordamos lo que puede representar la benevolencia de los grandes, olvidando cuán lejos logra ir la enemistad de los pequeños. Esa venda ha caído: cualquiera que sea la lección final de la guerra europea, quedará la enseñanza escrita por Bélgica con caracteres indelebles, la cual tiene para nosotros fuerza de advertencia en momentos en que el eje del mundo político ha de sufrir profundas desviaciones. El Destino nos ha colocado también en un puesto de honor y de peligro.

Al atacar el Tratado de 6 de abril, nuestros enemigos han empuñado armas de doble corte: con excepción

del Artículo I, reconocimiento claro e irrevocable de nuestro derecho, concluyente como no lo sería ningún pliego de agravios, las estipulaciones de aquella convención revisten significación relativa. Lo trascendental es saber si la mano tendida en reconciliación va a retirarse; si en los Estados Unidos pesan más los Roosevelt y los Cromwell que los Wilson, los Bryan y los Lansing; si la ley del despojo prima sobre los dictados de la moral y del derecho; si habremos de buscar en remotos horizontes la orientación de nuestra política exterior (1).

Derrotado hoy el Tratado de 6 de abril, cuando lo defiende como obra suya el Gobierno justiciero y amigo del señor Wilson, o pospuesta su sanción indefinidamente ¿qué nos esperaríamos mañana con la posible vuelta al poder de un sistema político en que predominarían fatalmente los enemigos irreconciliables de Colombia, que no vacilarían, si estuviera en su mano, en rematar a la víctima para encubrir el despojo?

A pesar de pasajeras dificultades, llevamos por fortuna con nosotros invaluables elementos de reconstrucción, y será bastante mostrarnos dignos de nuestros destinos para que el porvenir nos pertenezca. Panamá es del pasado: una tumba por sobre la cual es preciso pasar para seguir adelante.

(1) Nos cupo el honor de ser de los únicos en protestar contra el imperialismo norteamericano, en 1908, con la satisfacción de que nuestras palabras, coincidentalmente, fueran repetidas en la Asamblea de 1909 al combatir el Tratado Root-Cortés; en 1912, de regreso de una misión confidencial en los Estados Unidos con que nos honró el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Olaya Herrera, y con conocimiento propio de algunas tendencias diplomáticas, fuimos de los primeros en defender el arreglo directo, que no excluía posteriores recursos, cuando aún predominaba aquí la idea de forzar el arbitraje.—(*La Prensa*, mayo 5, noviembre 5, 1908. *El Tiempo*, febrero 29, mayo 8, 1912. REVISTA MODERNA, febrero, 1915).—Alfredo Ramos Urdaneta.

*
* *

En el público se manifestó el temor, en días pasados, de que fuera a interrumpirse la continuidad de acción de nuestra Legación en Washington, y se habló del nombramiento de don José María González Valencia. Ya se ha visto lo infundado de la suposición, y se ha aplaudido el viaje del doctor Urrutia, cuya presencia en los Estados Unidos en las actuales circunstancias reviste valor particular.

Al comentar desfavorablemente algunos periódicos la labor de nuestro Ministro en Washington parecen referirse a la carencia de esa parte de iniciativa y de acción personal que comienza donde terminan las notas de estilo, influencia más eficaz frecuentemente que los tratados de derecho público, indispensable al verdadero diplomático, y a cuyos múltiples matices se ha dado el expresivo nombre de «tacto de los codos».

La vacante creada en la Junta Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores por ausencia del señor Urrutia ha sido ocupada por uno de nuestros políticos mejor versados, a quien ya el país ha encontrado con justicia merecedor de las más señaladas distinciones, don Hernando Holguín y Caro.

Los nombramientos hechos por el Poder Ejecutivo en el doctor Antonio J. Cadavid para la cartera de Guerra y en don Salvador Franco para la del Tesoro han venido a integrar el Ministerio. Espíritu elevado e imparcial, la presencia del doctor Cadavid en el Gobierno ha sido recibida con aprobación de una gran mayoría. Otro tanto ocurre con el distinguido ciudadano señor Franco, a quien esperan complicados problemas que ha de contribuir a resolver eficazmente con sus conocimientos y experiencia.

*
* *

La sentencia dictada por el Consejo de Estado sobre las credenciales de los Senadores por Boyacá ha venido a cerrar la primera etapa de lo que es en el fondo un proceso que han de decidir las elecciones presidenciales de 1918. La corriente de oposición a la candidatura del señor Suárez se ha manifestado ya, como lo preveíamos, y en lo futuro buscará nuevos caminos para marcar más aún sus tendencias y su política.

*
* *

Existen nombres que consigo llevan las más extravagantes paradojas. ¿Quién no recuerda a aquel manso cordero que en vida se llamó fray Aquiles Valiente, y a aquel valiente y feroz general llamado Pacifico Cordero? Todos conocemos Consuelos inconsolables, melancólicas Leticias, y Concepciones que se consumieron en la soledad del claustro. Si de los nombres de personas, y para no entrar en indefinida serie de similares anotaciones, nos limitamos a observar los nombres de algunos de nuestros diarios, veremos que también en ellos abunda y prospera la paradoja: *La Unidad* se titula el órgano de la división o disidencia conservadora, y *Gaceta Republicana* no tiene vínculo alguno con el republicanismo. En este orden de ideas, la paradoja más insostenible la comprobamos en titularse *El Liberal* un periódico que por sus tendencias y procedimientos es tanto o más conservador que *La Sociedad*, de Bogotá, o que *El Colombiano*, de Medellín.

Quizás podría pensarse que al establecer la anterior afirmación también incurrimos en emitir un concepto paradójico. No hay tal. Si bien es cierto que para comprobar en toda su amplitud nuestro juicio nos veríamos forzados a escribir una obra tan pesada e indigesta como

la famosa del reverendo doctor Nares, justamente criticada por Macaulay. Preciso será, por lo tanto, que nos limitemos a aplicar la lente a una sola de las caras o facetas de aquella paradoja ambulante y trashumante.

Para nadie es un misterio que *El Liberal* es hoy un periódico diocesano, entendiendo por ello que es el órgano de un reducido distrito arquiepiscopal, aferrado al dogma, o sea al *Plan de Marzo*, no menos que a los cánones de la fe el órgano de la diócesis eclesiástica.

El Patriarca de la nueva iglesia, que al igual de su par el de la Iglesia ecuménica escribe todavía pastorales a Calcedonia y Efeso como en los brillantes tiempos de Crisóstomo, es el encargado de velar por que la ley conserve la disciplina primitiva. Los creyentes tibios reciben su paternal admonición; a los relapsos se les priva por tiempo determinado del fuego y de la sal; en cuanto a los blasfemos y escandalizadores de pequeñuelos, se les ata una piedra de molino al cuello y se les arroja a las tinieblas de la oposición.

El *Plan de Marzo* es el korán de la secta. Esta ha proscrito de su decálogo el libre examen como invención diabólica y disociadora. Nadie, afiliado o profano, puede comentar aquel documento sin incurrir en excomunión. ¡Ay de quien sea osado a dudar de la correcta interpretación de sus mandamientos por parte del Venerable Capítulo, o sea del titulado Directorio Nacional del Partido!

Si el verdadero liberalismo representa el conjunto de creencias encaminadas a conducir una sociedad de hombres, preciso es reconocer que nada existe de menos liberal que *El Liberal*, y que el Santo Sínodo, de que la hoja diocesana es vocero y representación. «Por sus obras los conoceréis», se halla escrito en el Evangelio.

Conveniente pudo quizás ser aquella disciplina en los momentos de la reorganización liberal, la que se cumplió bajo la inspiración del egregio caudillo. Muerto él y por

fenómeno natural disgregada su obra, sus discípulos deben convencerse de que el genio no se hereda, y de que ha llegado el momento, si no quieren incurrir por más tiempo en el ridículo, de deponer la férrea armadura que quebranta sus fuerzas. Sabido es, por otra parte, que los discípulos se encargaron siempre de extremar y desvirtuar las teorías de los maestros.

Las anteriores reflexiones nos han sido sugeridas por la lectura de un artículo en que la hoja diocesana comenta algunos conceptos emitidos en nuestra anterior *Revista política*. Parece que no ha sido de su agrado ni el que nuestros escritos revistan una forma literaria, ni mucho menos—y de ello ignoramos la causa—el que nos hubiésemos atrevido a declarar el descrédito que a nuestro juicio cobija hoy a los profesionales de la política: «gentes sin profesión que pueda confesarse» fueron nuestras palabras. También la hoja arquiepiscopal nos da la noticia de que el nombramiento del triunvirato que hoy integra el «Directorio Nacional del Partido Liberal» fue hecho de acuerdo con lo estatuido en el *Plan de marzo*.

Quedamos enterados de la corrección que precedió a la elección de los miembros del Directorio, toda vez que ella se llevó a efecto de conformidad con lo establecido en el *Plan de marzo*. Salvo que ella nos recuerda lo que acontecía con la Compañía del Gas.

Desde hacía largos años la electricidad había desalojado al gas, como medio de alumbrado. El gerente de la extinguida compañía, que no se resignaba a la desvalorización de las acciones de que era único tenedor, se esforzaba porque se cumplieran los estatutos, y una vez al año, por medio de vistosos cartelones, convidaba a sesión general a los «Accionistas de la Compañía de alumbrado por medio del gas». A fin de allegar *quorum*, el gerente procedía a endosar algunas acciones a favor de un su empleado, que actuaría como secretario, del guardián del pre-

dio en donde funcionara el gasómetro, de la mujer de éste y de cuatro de sus chiquitines. Llegado el gran día, el secretario leía el acta de la sesión anterior; el conserje sentaba una moción por la cual se le aumentaba el sueldo, la que era negada por mayoría de acciones, y el gerente leía con voz ostentosa el indispensable informe; éste aparecería al día siguiente publicado en los diarios de la ciudad. Inútil decir que al abrirse el capítulo de las elecciones, también por mayoría de acciones, se reelegía al gerente, al secretario (*ad honorem*) y al conserje, con el mismo sueldo anterior. Así quedaba constituida para el nuevo año estatuario la «Compañía de alumbrado por medio del gas», que lo tenía todo: gerente, secretario, libro de actas y de traspaso de acciones, conserje y un accionista, menos.... alumbrado por medio del gas.

El bloque liberal, que no se resigna a la muerte ni a la desvalorización de sus acciones, lo tiene todo también: Directorio, secretario, conserje, un órgano que ¡oh, paradoja! se titula *El Liberal*, media docena de accionistas, menos.... alumbrado por medio del gas....

LA DIRECCIÓN.

Enero 1.º de 1916.

Notas.

«**Revista Moderna**» se complace, al entrar en su segundo año, en presentar a sus lectores cordial saludo de año-nuevo.



Centenario de Murillo Toro. El día 1.º de enero se cumplió el primer centenario del nacimiento del doctor Manuel Murillo Toro.

Nació aquel ilustre estadista en el Chapparral (Tolima) en el año de 1816. Fue miembro de la Cámara de Representantes de 1846 a 1849, y en esa época fundó la *Gaceta Mercantil*. Hizo parte del Ministerio del 7 de marzo. En 1854 figuró en el Congreso de Ibagué que juzgó al General Obando, terminada la revolución de Melo. Publicó *El Tiempo* en 1855, y fue llamado dos años más tarde a la presidencia del Estado de Santander. Su artículo *Alea jacta est* trajo como consecuencia la participación del partido radical en la revolución de 1860. El voto popular lo elevó a la presidencia en 1864, y le cupo el honor, en 1865, de inaugurar la primera línea telegráfica. Después de haber sido magistrado de la Corte Suprema Federal, ocupó por segunda vez el solio presidencial en 1872. Fue ministro de Colombia ante los Gobiernos de los Estados Unidos y de Venezuela, en donde realizó importante labor diplomática, y figuró como miembro del Senado de Plenipotenciarios. Murrió el 26 de diciembre de 1880.

Del brillante discurso pronunciado en sus funerales por el doctor Santiago Pérez tomamos las siguientes elocuentes palabras:

«La generación de que este ilustre difunto fue poderoso representante, puede aguardar con serenidad el vere-

dicto de la historia. El paso de ella sobre el suelo sonoro de la patria no hizo, es verdad, el estrépito de la heroica generación que la había precedido; ni las claridades de su camino fueron, tampoco, como las de los sables libertadores, en cada uno de los cuales se reflejaba una victoria. Pero el no haber cegado con ninguno de esos reflejos, fue el primero y el mayor merecimiento de esos hombres. Haber adivinado la libertad, que ni aún rayaba en su tiempo por el remoto horizonte, comprueba que ellos tuvieron desde el principio la visión de la profecía, y que abrazaron sin reserva la cruz del apostolado. Como el que, en testimonio de fe en su divino Maestro, se encaminó hacia él, sentado entre ambas plantas sobre las aguas móviles, así estos fundadores de nuestras instituciones civiles han venido, en testimonio de su fe en la República, avanzando hacia ella en el seno tembloroso de las revoluciones».

Correspondió al doctor Murillo Toro la noble tarea de contribuir con su poderosa inteligencia y sus virtudes públicas a la consolidación nacional, muy especialmente en el ramo administrativo.



Un estreno en el Teatro de Colón.

Como era de esperarse, fue completo el éxito de la comedia titulada *Mal del siglo*, original de don Eduardo Valenzuela de la Torre y estrenada en la noche del domingo último. El teatro nacional se ha enriquecido con esta nueva producción, que revela verdaderas dotes de autor dramático, y que por sus condiciones de fondo y técnica merece todo aplauso.

El argumento se desarrolla al rededor de la vida artificial y snob que en Europa suelen llevar algunos millonarios hispanoamericanos que sólo asimilan modas y licenciosa frivolidad.

Una argentina vanidosa y perversa, con fillos de cortesana; un joven francés, calavera y ambicioso, que le vende su nombre en un momento de obcecación; un *ras-taquère* de pura cepa que va a deslizarse en el cercado ajeno; una madre que representa las sanas tradiciones de la nobleza de provincia pero que educa al hijo con imprudente condescendencia: tales son los protagonistas de la comedia, abundante en atrevidas escenas de pasión extraviada, de perfidia, de intereses irreconciliables. En segundo plano, un matrimonio de amor que se salva del lazo que le tiende la mujer desdeñada, y que contrasta con el desastre del matrimonio de interés, exhibido con toques de meditado realismo en *Mal del siglo*.

Esta primera, que reunió en el Teatro de Colón escogida concurrencia y en que la Compañía Serrador-Marí mostró el alcance de su arte, cierra por breves días la temporada de representaciones que se reanudará con escogido repertorio.

BIBLIOGRAFIA

La Colombie Economique, por R. Roger (Librairie R. Roger & F. Chernoviz. París, 1914).

Colombia, por Phanor James Eder (Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1913).

Dos obras de señalado interés, encaminadas a hacer conocer a Colombia en Francia y en los Estados Unidos e Inglaterra, respectivamente. Ambas merecen el agradecimiento de un país que presentan en luz serena y hacia el cual atraen la atención del capital y del esfuerzo extranjero, desvaneciendo prejuicios que han llegado a convertirse en leyenda.

La Colombie Economique se ocupa especialmente de algunos de los problemas de mayor trascendencia para nuestro desarrollo, poniendo de relieve las fuentes de riqueza y las necesidades que reclaman atención inmediata de nuestros legisladores. Entre las primeras hace figurar en lugar preferente a las minas de petróleo, llamadas a desempeñar el papel más importante quizá en

nuestra evolución económica. Luégo trata del fomento de la inmigración y del impulso a las vías de comunicación, indispensables si se aspira a crear industrias propias y a valorizar los múltiples productos de un suelo privilegiado entre todos por su situación y variedad de clima. En el capítulo VIII, que se refiere a cuestiones bancarias, el autor se declara en favor de la negociación Dreyfus, que fue juzgada de modo distinto por el Congreso y por la prensa del país; y en lo que respecta al contrato iniciado con la Casa de Pearson & Son, sobre fuentes de petróleo, incide en el error de creer que la firma inglesa buscaba sólo trabajos de exploración.

Súbdito norteamericano, con directa experiencia de Colombia y vinculado a ella por más de un lazo, las apreciaciones del señor Eder revelan el golpe de vista práctico que caracteriza a su raza. Según expresiones suyas, ha perseguido la verdad, el justo medio entre el panegírico absurdo y la diatriba mal intencionada, variedades literarias preferidas de ordinario por los que han escrito sobre este país.

Su juicio acerca de las consecuencias de la separación de Panamá debería ser tenido en cuenta por los hombres de estado norteamericanos, tanto más cuanto que el señor Eder parece abrigar todavía benévolas dudas sobre la conivencia del Gobierno de los Estados Unidos en aquel suceso. «Los Estados Unidos, dice, han cerrado los ojos casi por completo ante las consecuencias desastrosas que les ha acarreado, en lo comercial y en lo político, la cruda injusticia perpetrada y la fáctica de indiferencia adoptada desde entonces. La única afectada no ha sido Colombia. El choque producido por el rapto de Panamá repercutió en toda la América latina. Una sacudida de indignación recorrió el continente, causando manifestaciones espasmódicas de sentimiento antifiamericanista, que han perjudicado los intereses bien entendidos del comercio de los Estados Unidos, beneficiado a Europa y entrabado la diplomacia de Washington».

Más tarde habremos de ocuparnos con detenimiento de las obras que hoy anotamos, que se complementan y que resumen datos de gran valor, acopiados laboriosamente.